

FILMS SEIZACTOS

De izquierda a derecha: Louise Small, Billie Lehman, Lucille La Marr, Helen Meler y Kay Griffith.

50
cts.



La rumba, interpreta-
da por June Knight.

(Foto: Maira - Goldwyn - Mayer.)



El escenario de «La Verbena de la Paloma» es un modelo de buen gusto, de inspiración y de cine auténtico. (Foto Clifosa.)

NO todo va a ser «glosar» la vida de las «estrellas» del cinema... En la literatura cinematográfica existen infinidad de temas que no por olvidados carecen de interés.

Hoy quisiéramos abordar el que se refiere a las obras; mejor dicho, el que se refiere a los argumentos de cine, tema no inédito, pero no lo bastante divulgado.

En los productores de películas existe una decidida preferencia por las obras teatrales, que ellos justifican con razones económicas. Según el productor, la obra de teatro aporta a la empresa una popularidad que no puede ofrecer ningún libro escrito ex profeso para cine. Esta creencia es sustentada por todos, a tal extremo, que son muchos los que no hacen películas que no ostenten un título conocido.

Hace algunos años, cuando el cine español se debatía en una verdadera confusión de iniciativas y de ensayos, y todo en él era incertidumbre, esta inclinación por los títulos «muy conocidos» y sancionados por el aplauso del público, tenía cierta justificación, y hasta yo la estimé necesaria. Hoy, por razones que saltan a la vista, no es posible aprobar lo que ayer disculpábamos.

El público —lo ha demostrado en varias ocasiones— ya no se deja seducir por la fama de tal o cual celebrado autor, ni por el título de esta o de aquella obra, por popular que sea. En todo caso, le basta con saber el nombre del director y el de los intérpretes. Imperio Argentina, Rosita Díaz, Benito Perojo, Florán Rey, Miguel Ligero y Ricardo Núñez representan en el cine un atractivo comercial superior a los nombres de nuestros más prestigiosos autores.

EN embargo, los productores siguen aferrados al viejo criterio. Y no por culpa exclusiva de ellos, pues hay que reconocer que todavía no ha surgido el escritor genuinamente cinematográfico, lo que ha dado pie para que los productores afirmen que todos los asuntos originales que reciben son inaceptables. ¿Responde a una realidad el comentario de los productores? Yo me permito creer que se exceden en el juicio crítico.

El «fenómeno» es otro y muy dispar. Lo

que sucede es que los autores, en su mayoría, no saben escribir en sentido cinematográfico, mientras que los productores no saben leer un «guión».

Hay que ser sinceros y no ocultar la verdad; los «guiones» sólo pueden ser comprendidos por quien los escribe. No hay nadie capaz de leer un «guión» técnico y apreciar en toda su trascendencia el valor artístico de la película allí desarrollada. La película es el «guión», pero tan desarticulada, tan confusa, tan diluida, que sólo el que escribió el «guión» es capaz de «verla» proyectada en su mente. Es difícilísimo, casi imposible, conservar el ritmo y el interés de un argumento distribuido en cuatrocientos o quinientos planos, expresados con la parquedad y con la aridez que se suele emplear en la redacción de estos libros.

El escritor que aspire a escribir asuntos para películas no debe hacerlo en plan técnico; la técnica cinematográfica no se aprende en dos días, ni... en dos años. Es muy sencillo marcar un primer plano, un fundido o una sobreimpresión —pongo por tecnicismo vulgar—; lo difícil es colocar estas indicaciones en «su sitio» y en el momento que lo «pide» la situación.

Una ligera y clara exposición del asunto, escrita, bien en forma narrativa, bien «novelada», será más comprensible para quien lo haya de leer y juzgar. Porque —insisto— no hay nadie capaz de justipreciar una película por la simple lectura del «guión».

CUANTOS buenos escenaristas hay en España? Alzad los dedos de una mano y sobarán dedos. Pongamos a Benito Perojo en primer lugar. El escenario de «La Verbena de la Paloma» es un modelo de buen gusto, de inspiración y de cine auténtico. Para mí modo de ver, supera al realizado por el gran Lubitsch en «La Viuda alegre».

Los escenaristas pueden salir de los escritores jóvenes. El «oficio» no es fácil, pero tampoco es difícil; se reduce a saber

ALGO ACERCA DE LA LITERATURA CINEMATOGRAFICA

sentir en cine y a tener mucha imaginación: poeta y técnico. No hay que tomar en consideración algunas películas españolas, en las que el escenarista ha seguido, paso a paso, el desarrollo de la obra que adaptaba al cine. Ya he dicho que el escenarista ha de ser un poco poeta, poeta de la imagen y del silencio musical, que la palabra hablada no deja de ser un accidente en el arte cinematográfico.

Estos malos escenaristas a que aludo más arriba son simples «fotógrafos» de zarzuelas y de novelas, gente que estaría desterrada del cine español si los intelectuales, españoles hubieran tomado en serio el cine.

En España se ha dado el caso de llevar al celuloide una zarzuela, utilizando como «guión» el libreto teatral.

No dejo de reconocer que todo ello es consecuencia de la poca afición —afición sincera— que hay al cine; aquí es preciso encajar nuevamente el desprecio que siempre tuvieron los intelectuales hacia el cinema.

En una ocasión yo presidi un concurso de argumentos originales para películas. Había un premio de mil pesetas y la realización del film. Concurrieron al concurso más de cien personas. Pues bien: de los ciento y pico de argumentos, sólo uno acusaba relativo sentido de lo que es el cine. Y en ninguno de ellos —salvo el mencionado— se adivinaba la personalidad de un escritor.

El teatro estorba en el cine. Hay que separar los géneros; pero antes hay que «hacer» los escritores cinematográficos, o los escenaristas.

No quiero decir que se prescinda en absoluto de las obras teatrales en la producción de películas; me refiero exactamente a que las películas no deban ser «teatro fotografiado». Porque éste es uno de los peores males que amenaza a nuestro cinema.

El público ya empieza a cansarse —y con razón— de ver y de oír, en la pantalla, dúos y romanzas, [y hasta cuplés], que antes conoció en el tablado escénico. Ahora pide asuntos nuevos y, en último caso, exige que las versiones cinematográficas de obras teatrales sean hechas con absoluto conocimiento de lo que es el cine.

Hay que crear la literatura cinematográfica —repito— para evitar que el cine español muera por exceso de sonetud.

Que esta evolución es de urgente necesidad lo demuestra la suerte de no pocas películas estrenadas últimamente. En unas, se pretendía provocar la risa y el público optó por aburrirse; en otras, se pugnaba por conmovir al auditorio y los espectadores lo tomaron a chacota. Estos desastres, que cuestan tan caros, sólo pueden cometerlos personas carentes de conocimientos literarios.

Y esta «clase» abunda en nuestro cinema. No quiero señalar, pero todos conocemos a varios directores que apenas saben leer... Sin embargo, se atreven a escribir asuntos y a llevar a la pantalla obras teatrales. Mauricio TORRES



COMO explicar la persistencia del interés de todos los públicos hacia una obra tan envejecida cual «La dama de las camelias»? ¿Y por qué esta persistencia de las actrices de teatro y de las estrellas de la pantalla en querer encarnar la figura de la romántica Margarita?

El drama de Alejandro Dumas, hijo, contiene una trama que nos parece absurda, pero es que en su misma época ya pareció absurda a muchos críticos avisados y a buena parte del público ilustrado. Ya entonces, lo mismo que hoy, pareció ridícula, sobre todo la figura de monsieur Duval, el padre de Amando, grotesco depósito de todos los prejuicios burgueses de su época. El nudo de aquel drama es, precisamente, su punto más flaco. Es irrisorio, y lo era entonces sin duda, que un padre no pudiera «colocar» ven-



"MARGARITA"

por GRETA GARBO

Gautier

tajotamente a su hija porque ésta hija tenía un hermanito mala cabeza que se había propuesto redimir a una mundana tuberculosa. Si un caballero padre como aquél pidiera a una mundana de hoy el sacrificio que el señor Duval requirió de Margarita, lo pondría de patitas en la calle con una carcajada. Y si la cortesana de nuestros días fuese una mujer sensible y enamorada como era Margarita, es evidente que lo que haría sería procurar convencer al buen señor de que no fuera tan tonto y procurara no introducir a su hija en una familia que tuviera tan estúpidos prejuicios. Pero la figura de Margarita ya es otra cosa. A pesar de todas las deformaciones que le infligía el romanticismo ya decadente de su época y el convencionalismo les-



tral de uno de los autores franceses más convencionalistas, la figura de Margarita ofrece toques de humanidad perenne. La pobre mujer, esclava del vicio, asqueada del mundo y de los hombres, sin esperanzas ya, a causa de su enfermedad mortal, de vivir una vida mejor, que quiere olvidar su horrible tragedia en medio de la falsa alegría y la sofisticada brillantez de las tristes orgías y a quien se ofrece de pronto el amor, el verdadero amor, en la figura apasionada de Amando, he aquí la situación humana profundamente trágica. El amor despierta en Margarita todas las ilusiones, que no mueren nunca ni aun en el ser humano más abatido y más abyecto; despierta en ella el afán de vivir, por poco tiempo que sea, con tal de poder amar, de gustar siquiera a flor de labios la copa de un amor desinteresado y verdadero. Esta es la tragedia de Margarita Gautier. Esto es lo que la hace humana. Esto es lo que inspirará siempre la simpatía de los públicos sensibles hacia ella y el interés de las grandes artistas por encarnarla.

Ante esta lucha por vivir y por amar, el mismo sacrificio absurdo a la felicidad de Amando, que tanto conmueve todavía a ciertos

espectadores sentimentales, resulta insignificante.

La actriz o estrella que sepa encarnar esta profunda tragedia íntima de Margarita, está segura de agradar y de conmover a todos los públicos. Pero hay que contar con la manera de hacerlo. Es menester prescindir de prejuicios estéticos y de amaneramientos personales. Recordemos, por ejemplo, a la Bertini, que llevaba a su interpretación de Margarita todas las deformaciones esteticistas de la época d'Anunziana. Aquellos grandes gestos lánguidos, aquellos enormes suspiros con los ojos entornados, aquellas poses espectaculares que hoy nos harían morir de risa.

El progreso del buen gusto en

FilmoTeca

el cinema nos ha procurado encarnaciones mucho más aceptables de la heroína del dramaturgo francés. Recordemos en el cine mudo aquella Margarita tan americanizada de Constance Talmadge y, entre otras muchas, la de la genial diva Ivonne Printemps, presentada en una de las últimas temporadas. Todos los informes que tenemos y las fotografías que hemos podido apre-

ciar de la interpretación de Margarita Gautier por Greta Garbo, dirigida por Zukor, son altamente esperanzadoras. Greta Garbo tiene, en primer lugar, el buen gusto de vestir «de época» su personaje. Una «Dama de las camelias» interpretada con vestidos actuales no logra sino hacer resaltar los defectos y los prejuicios estéticos del tiempo en que la obra fué escrita. Situada en un ambiente histórico y pintoresco a la vez, Greta nos dará una serie de estampas románticas de muy agradable sabor. Pero, sobre todo, esperamos de ella, de su arte profundo, empapado de íntima y dolorida humanidad, de su talento extraordinario, que ha sabido comprender e interpretar con intensa verdad, con artística sobriedad, con seriedad absoluta, figuras como las de la reina Cristina de Suecia y, sobre todo, de Ana Karenina, su interpretación maestra.

J. ESTEVE QUINTANA



(Fotos M.-G.-M.)





Una escena de «Rembrandt» en la que aparece la maravillosa pintura «Ronda nocturna» del inmortal artista que encarna en la pantalla Charles Laughton. El film ha sido dirigido por Alexander Korda. (Foto United Artists.)

LO QUE VENDRÁ

JEAN Harlow y Robert Taylor serán las estrellas de la nueva película «The man in possession», basada en la comedia de H. N. Harwood. W. S. Van Dyke se encargará de la dirección y John Emerson de la producción. Esta será la primera vez que Taylor y miss Harlow aparezcan juntos en la pantalla. La película más reciente en que miss Harlow participa es en «Los enredos de una dama». Taylor aparece con Greta Garbo en «Margarita Gautier» (La dama de las camelias), terminada ha poco.

MARCEL Carné, el realizador francés que ha demostrado en «Jenny» una personalidad y talento relevantes, va a empezar, con la colaboración de eminentes artistas franceses, una película basada en la novela de Julián Green, «Leviathan».

LA última película de Greta Garbo es «Madame Walewska», en que aparece de estrella con Charles Boyer. La producción se rodó a principios de enero en los estudios Metro-Goldwyn-Mayer, con Clarence Brown de director.

Brown ha dirigido seis de las mejores películas de Greta Garbo: «El demonio y la carne», «El carnaval de la vida», «Anna Christie», «Inspiración» y «Ana Karenina». «Madame Walewska» es una versión ci-

nematográfica de la novela de Wacław Gąsiorowski, sobre cierto período de la era napoleónica y la intensa pasión de Bonaparte por esta dama de la nobleza polaca.

ANNA May Wong será la principal intérprete de un film de espionaje, titulado «El dragón amarillo». El autor del escenario es Jean Benmort.

CECIL B. de Mille, el plasmador de grandes epopeyas en la pantalla, acaba de terminar «El llanero», que es una reconstrucción de uno de los períodos más inte-

resantes de la historia de su propia patria.

De Mille ha firmado con la Paramount un contrato de dos años, en los cuales se espera que lleve a la pantalla dos películas anuales para esta editora.

También Marlene Dietrich ha firmado con la Paramount nuevo contrato, en que se compromete a trabajar exclusivamente para esta editora en un largo plazo.

DURANTE este año, Harold Lloyd hará dos nuevas películas, que distribuirá la Paramount.

LA nueva película de Claudette Colbert se titulará «Lo conocí en París». Bajo la dirección de Wesley Ruggles, el film ha empezado a rodarse en los estudios de la Paramount.

BARBARA Stanwyck va a aparecer en una película de la Metro-Goldwyn-Mayer. Esta distinguida actriz y Robert Taylor serán las estrellas de «La esposa de su hermano», que dirigirá W. S. Van Dyke. Jean Hersholt representará uno de los principales papeles.

En nuestro próximo número, a ruego de numerosos lectores, o mejor, quizás, de numerosas lectoras, publicaremos, en la plana central, la fotografía del joven y celebrado actor Robert Taylor. El resto de la información gráfica será por demás atractiva. El texto contendrá artículos de nuestros más prestigiosos colaboradores, y el final de la interesantísima novelización del film «María Estuardo».

Claudette Colbert en su magistral interpretación de Lady Venetia en el gran film «Bajo dos banderas». (Foto 20th Century-Fox.)

Ombow Stevens, Paul Lukas, Heiter Angel, Walter Abel y Moroni Olsen en sus respectivos papeles de Aramis, Athos, Constance, d'Artagnan y Porthos, en una escena de la nueva versión de «Los tres mosqueteros» para la Radio-Films.



Un conjunto de «Molinos de viento», la última producción de la International Films, rodada en Barcelona.



Wallace Beery y Juan Torrens en un momento de la discutida producción «El mensajero García». (Foto 20th Century-Fox.)



Una escena interesante del reciente film de Camille Lombard «La canción de la vida». Fred Mac Murray (el del 23 de la vida) interpreta el principal papel masculino. El argumento se desarrolla en Panamá. (Foto Paramount.)

Gary Cooper en una emocionante escena de «El Linero», otra producción de gran envergadura que Cecil B. de Mille dirige para la Paramount.



Charito ríe con los ojos, con la boca, con la carne estremecida de alegría. (Foto Cifesa.)



ROSARIO

La zarzuela, el género chico, pasaba por una época de esplendor. Había autores, músicos, artistas. Se bailaban en los merenderos, al son de un organillo, schotis, habaneras, pasodobles. Se comían churros y se bebía limonada y «Valdepeñas». No se conocía el «jazz-band», ni el bar americano. No se daban nombres ingleses a las cosas que lo tienen en español castizo. No existían «girls», ni «boys»; tampoco había rubias platino.

Las costumbres, las fiestas, el teatro, el arte, tenían sabor español. Y las mujeres sentían el orgullo de su españolidad y acentuaban, bajo sus vestidos, el tipo racial, en vez de desdibujarlo, de adulterarlo hasta parecer yanquis, francesas, alemanas e incluso orientales, con ojos en forma de almendra y el cutis amarillento como las chinas.

En aquella época en que no se había perdido aún el sentido de lo español, sobre los tablados de la favandula nacional, se recortaba la silueta —todo garbo y brío, toda plasticidad y belleza— de una primera tiple: Rosario Leonis.

Rosario Leonis —doña Rosario después—, que enloquecía al público, por guapa y por artista, interpretando un género netamente español, con música de Chusca, Brelón, Chapí, Valverde y Vives.

Rosario Leonis, Carmen Andrés, Nieves Suárez, Antonia López Jiménez, Lola Membrives y otras eminentes artistas, destacaban su belleza, castiza y española, en los escenarios zarzueleros.

Hace de esto veinticinco años, y un día...

CHARITO

Un día, Rosario Leonis —ya doña Rosario— se convirtió en Charito Leonis. Mejor dicho: no era la misma mujer, sino otra distinta y, sin embargo, ésta de ahora, tan juvenil y bonita, recordaba —y recuerda— a la otra, a la famosa tiple de ayer. Charito, brote magnífico de Rosario; una primavera y un otoño, tan semejantes, que se confundían si en aquella no fuese todo florecer bajo una luz viva y ardiente, y en ésta todo marchitarse bajo una luz suave y crepuscular, aunque esplendorosa todavía.

Charito Leonis va a interpretar su primer film: «El canto del ruiseñor». Es el año 1933 y cuenta Charito diecisiete años de edad.

Carlos San Martín está terminando el guión de la película. Está en su despacho trabajando cuando se abre la puerta, y una risa clara de mujer anuncia a Charito Leonis. Avanza ligera, con el rostro encendido



Es ella, Charito Leonis, la Casta de «La Verbena de la Paloma».

de alegría. Antes de que nadie le nombre, aunque es ésta la primera vez que la vea, la reconoce en seguida: es Charito, o Rosario Leonis. Me la presenta San Martín, y comento: —La conocía ya en su madre, es doña Rosario: Charito es idéntica al recuerdo que tengo de aquella gran tiple de zarzuela que se llamó doña Rosario Leonis.

EL PASADO Y EL PRESENTE SE FUNDEN

Así se fundieron en mí el pasado y el presente. Charito me pregunta: —¿Conoció usted a mi madre en aquella época?

Quiero saber, siento la emoción de saber. Y yo calmo su curiosidad: —La conocí como un espectador cualquiera, que sentía admiración hacia la mujer y hacia la artista, a la distancia que mediaba desde mi butaca al escenario del Teatro Apolo de Madrid.

Charito ríe con los ojos, con la boca, con la carne estremecida de alegría. Nada puede halagarla más que se le hable de su madre, a la que adora. Y porque le hablo de ella y evoco su imagen de ayer, Charito, llena de cordialidad, sin reservas, me brinda su amistad desde el primer momento. Como me es gratísima y me rejuvenece, fundiendo en mí el pasado y el presente, sello amistad tan preciosa estrechando su mano tibia y suave.

CON LAS ALAS CORTADAS

Charito Leonis no estaba muy entusiasmada con su trabajo en «El canto del ruiseñor». Posea una voz bonita, y le suprimieron una canción que formaba parte de su papel. La obra era de «divos»; sin ninguna figura femenina de relieve. Ni ella, ni Hilda Moreno, podían lucir. Pepe Romeu estaba constantemente ante el objetivo, ocupando los primeros planos. Los demás artistas sólo servían de fondo, sobre el que Romeu había de resaltar. Fue una equivocación lamentable. La juventud triunfante de Charito, la experiencia artística de Hilda Moreno, pudieron animar una acción que se confió íntegra a Pepe Romeu, que encarnaba, además, a un personaje de perenne físico tan tosco y tan reciamente varonil como Gayarre, al que no comprendió.

A Charito Leonis le cortaron las alas en su primera salida a la pantalla. Podía haber brillado como «estrella» en aquella primera hora cinematográfica de su vida; pero con las alas cortadas, rotas, ¿cómo había de remontar el vuelo?

CHARITO LEONIS

Hay en ella la gracia, el garbo, la alegría que llevó a la zarzuela aquella gloriosa Rosario Leonis. (Foto Cifesa.)



El público reconoce en Charito Leonis a la primera ingenua española. (Foto Cifesa.)

Ella lo sabía y, desengañada del cine, que le negaba la expansión de su arte, volvió al teatro, figurando como «væ-dette» de una compañía de operetas.

PERO EL CINEMA LA SUGESTIONA

El teatro lírico español ha perdido las características nacionales, se ha distraído con músicas, vestuarios y ambientes exóticos; es un carnaval con máscaras vienesas y yanquis.

La zarzuela es ahora opereta y revista. Y Charito —muy muchacha siglo XX— lleva en sus venas la herencia materna del amor a lo racial hispano.

El cine, aunque americanizado en su técnica y en sus tipos, conserva algún rasgo español. Y Charito Leonis retorna a la pantalla con «Veinta mil duros», film en el que tampoco puede volar como su impulso juvenil le permite, y luego con «Amor en maniobras».

En esta última película, de Mariano Lapeyra, ya se perfila vigorosamente el arte de Charito Leonis. Hay en ella la gracia, el garbo, la alegría que llevó a la zarzuela aquella gloriosa Rosario Leonis.

A partir de ese minuto que marca en el horario cinematográfico «Amor en maniobras», el séplimo arte cuenta en España con una nueva «estrella»: Charito Leonis.

La crítica la señala como un valor artístico que va en crescendo; el público la reconoce como la primera ingenua de la pantalla española y como una de sus más bonitas intérpretes.

Pero Charito no ha de pararse en ese minuto, sigue avanzando y asoma de nuevo su fina silueta, su linda cara en el lienzo, con un atavío de mocita garbosa, de madrileña castiza y verbenera de 1890. Es ella, Charito Leonis, la Casta de «La Verbena de la Paloma», obra del gran sainetero don Ricardo de la Vega y del ilustre maestro Bretón.

[Esta sí que es una obra cien por cien española! No importa ya, ante el hecho consumado, si debe llevarse o no el teatro a la pantalla. Tal discusión es más propia de otro lugar. Lo que cabe significar ahora es que «La Verbena de la Paloma», joya del teatro lírico nacional, es el primer film en que Charito Leonis ha podido interpretar un tipo de pura solera española, un personaje que lo lleva en la sangre, en el fuego de sus ojos, en la sonrisa que reluce en su boca, en el garbo de su espatulosa figura. ¡Y cómo ha sentido Charito a Casta, la rubia madrileña del castizo cantable!

Charito Leonis en el film «La Verbena de la Paloma», es el brote de aquella hermosa mujer, de aquella ilustre tiple que hizo la obra de don Ricardo de la Vega en el escenario teatral, hace veinte, veinticinco años.

Una misma emoción por lo español, funde ayer y hoy, en doña Rosario y en Charito, brote no sólo de sus entrañas de mujer, sino también de su arte y de su españolidad.

Matteo SANTOS



Charito Leonis interpreta su primer film: «El canto del ruiseñor».



EL LARGUIRUCHO

SLIM SUMMERVILLE

dice que esa su expresión de tristeza, que tanto hace reír en la pantalla, se la debe al primer oficio que desempeñó en una funeraria.

Slim Summerville, cada vez que trabaja con Zasu Pitts, se venda los brazos para evitar que queden las marcas de los pellizcos que ella le da para hacerle reír.

LA ANÉCDOTA EN PRIMEROS PLANOS

Las aficiones políticas de Slim Summerville son de todos bien conocidas en la meca del cine. El gracioso bufo, héroe de tantos films de ambiente cuartelero junto al mastodóntico Eddie Gibbon, y ahora de chispeantes comedias con la gran artista Zasu Pitts, desempeña el cargo de concejal en el municipio de Toluca Lake. Según confesión suya, le han dado el cargo de edil por su jiráfica estatura, que le permite medir el alumbrado público sin necesidad de emplear ningún artefacto.

Lo más curioso es que cuando alguien le pregunta el porqué de esa su expresión de tristeza, que tanto hace reír en la pantalla, suele contestar:

—Se la debo al primer oficio que desempeñé en una funeraria de Los Angeles. En cierta ocasión, mis amigos me dieron un banquete en que la mesa era un largo ataúd, las flores de muerto y la iluminación macabra.

Por equivocación debutó en la pantalla. A Mack Sennett hizo gracia su figura larguirucha y le contrató.

Al surgir las películas de guerra, Remarque dio a la pantalla su famosa obra «Sin novedad en el frente», y con ella Slim Summerville logró ganarse las simpatías de Carl Laemmle y del público en general. Actualmente, se le discute, que es como decir se le admira. Para unos, el

actor americano es un papaso; para otros, un buen artista cómico. Diríase que es un cirujano de la risa siempre en activo sobre las carcajadas. El arte de Slim Summerville es algo así como un cadáver puesto al sol. Esa su alegría fúnebre no es sólo un producto de la imaginación, sino de su estado de alma, porque se dice que este artista en su vida privada, es más serio que Buster Keaton.

Slim Summerville, antes de que le viéramos en la pantalla, se fué de su país en busca de su padre que había desaparecido del hogar cuando apenas contaba el ocho años. Hallándose en Canadá, trabajando en una fábrica de aserrar maderas, cierto individuo ya de edad se le acercó una tarde al abandonar su trabajo.

—Hola, amigo —saludó con familiaridad—. ¿Quisiera prestarme unos centavos para comer? Llevo casi dos días sin probar bocado.

Slim se lo llevó a una cantina, y durante la comida, se reconocieron como padre e hijo. Aquel hombre era su verdadero progenitor, a quien tanto tiempo había buscado inútilmente.

El popular cómico, cada vez que trabaja con Zasu Pitts, se venda los brazos para evitar que queden las marcas de los pellizcos que le da ella para hacerle reír. Siempre lleva en sus bolsillos una honda y otros ingeniosos aparatos para gastarles bromas a los demás artistas en los momentos de descanso que proporciona el trabajo en los estudios. En cuanto alguno recibe el golpecito de una bolita de papel o alguna cáscara de cacahuete, ya se sabe: Slim es el autor de la broma.

Una vez, al disparar su tirogomas contra Zasu Pitts, apuntó al revés y el pequeño proyectil le dio a él mismo en la cara. Con gran regocijo de los que le miraban, no descompuso lo funeral de su rostro y exclamó, curvando su espalda como si recibiera algún peso:

—¡Alguna vez me había de salir el tiro por la culata!—

Cinco
dólares
bien
invertidos



DURANTE su primer año en el cine, Eleanor Powell ha recibido millares de cortas de personas que, inspirados por el arte de sus bailes, le hacen la misma pregunta: «¿Cuánto cuesta aprender el zapateado?»

La respuesta de Eleanor también es siempre la misma: las primeras diez lecciones le costaron cierta suma de dinero, pero consagró horas y horas a perfeccionarse por sí sola, y el valor de la práctica así adquirida es para ella incalculable.

Cuando esta incomparable estrella del baile llegó por primera vez a Nueva York con su madre, sólo sabía bailes clásicos. Por varios meses visitó diariamente a los empresarios de teatros sin encontrar trabajo. Sus fondos, por fin, empezaron a agotarse. El problema de la manutención se hacía cada día más difícil. Comprendió entonces que debía aprender el zapateado o regresar a su pueblo.

Las clases de zapateado eran costosas y Eleanor no podía afrontar el gasto en aquellas circunstancias. Alguien le aconsejó que viera a Jack Donohue, el notable bailarín, quien ofreció darle diez lecciones por cinco dólares.

Después de tres clases, Eleanor estuvo a punto de abandonar la lucha. No podía dar con el paso del baile, y era la más atrasada en la clase. Noche tras noche, al regresar de la escuela, se echaba a llorar en brazos de su madre. No seguiría si iba a ser el hazmerreir de sus condiscípulos.

Su madre le infundió ánimo, haciéndole ver los sacrificios que se habían impuesto para costear las lecciones y el éxito que la esperaba si tenía perseverancia. Con estos razonamientos, Eleanor recobraba su entusiasmo y volvía con más ahínco a sus estudios.

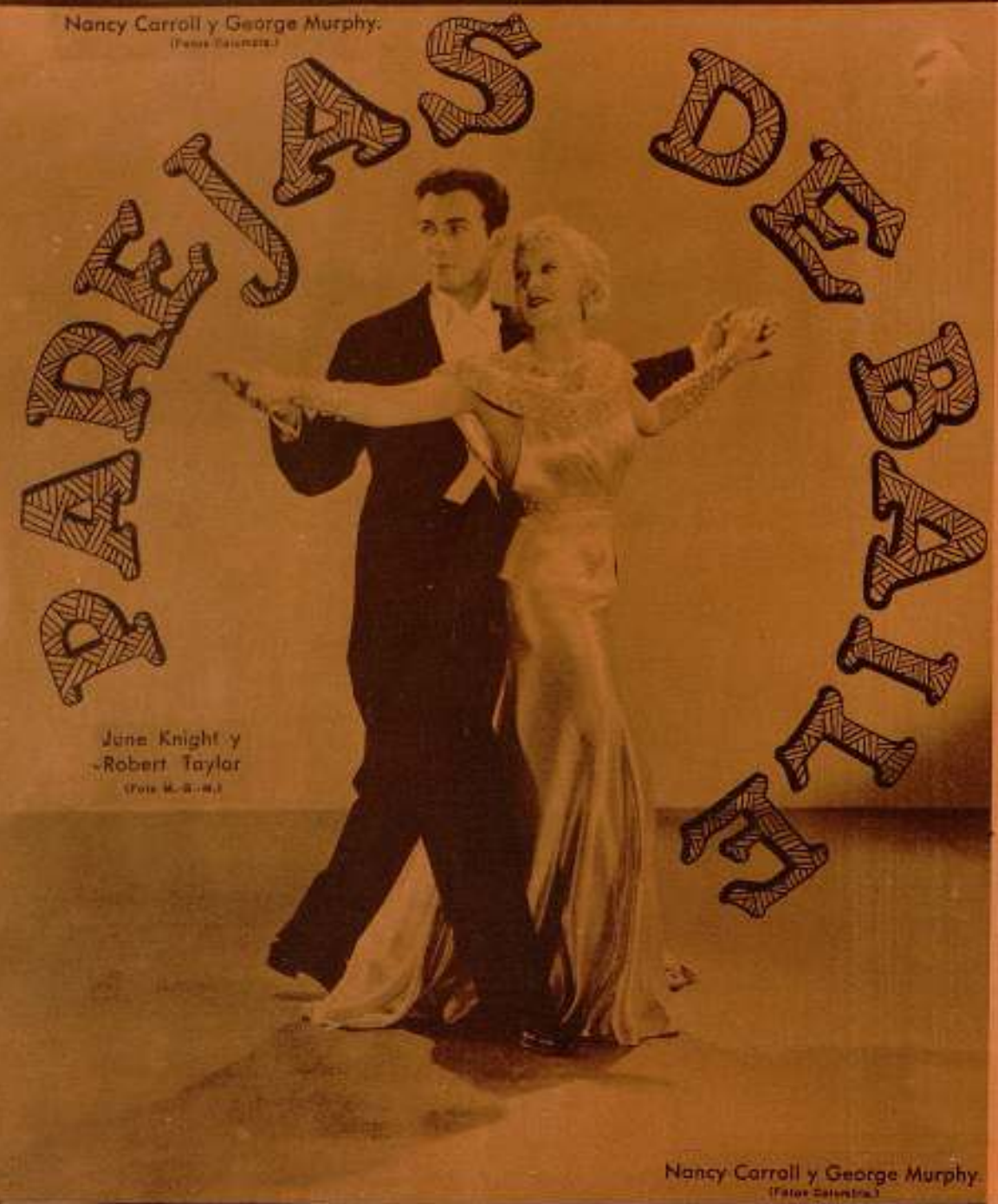
Después de la sexta lección, llegó una vez a casa radiante de alegría. ¡Había «dado en el clavo»... y estaba a la cabeza de la clase! Quería decir que había tenido algo así como una inspiración súbita, debido a la cual pudo dominar el paso y el ritmo del baile.

De allí en adelante progresó a grandes pasos. Al completar la novena lección, su profesor sugirió que se quedara en la escuela después de la clase para trabajar en unión de otros grupos de alumnos.

Terminado el curso de diez lecciones, Eleanor continuó practicando por largas horas en casa, hasta que aquella inversión de cinco dólares la llevó a la fama en «La melodía de Broadway de 1936», su primera película, para la cual fué contratada por la Metro.

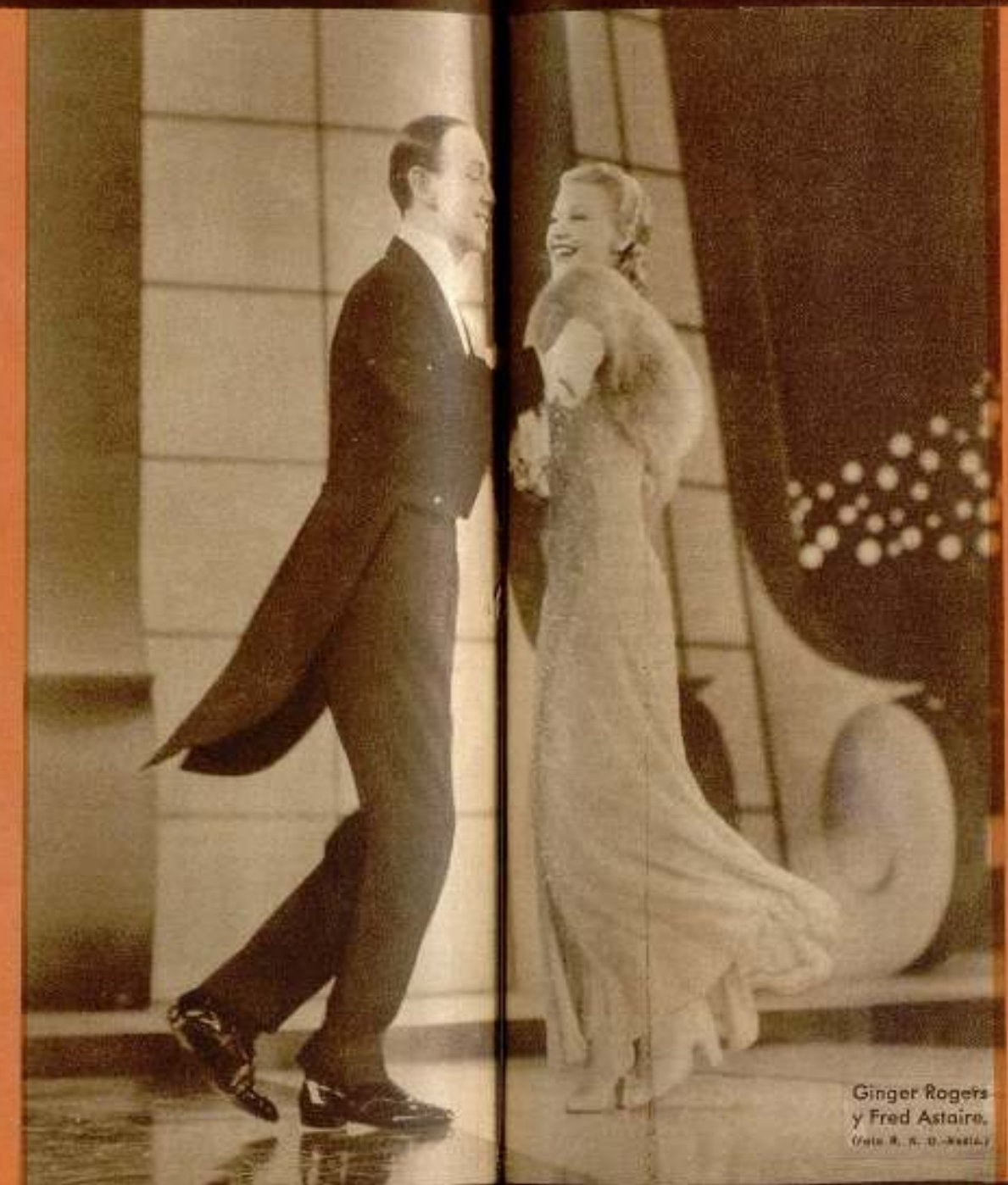


Nancy Carroll y George Murphy.
(Foto Calzadilla.)



June Knight y
Robert Taylor
(Foto M. G. M.)

Nancy Carroll y George Murphy.
(Foto Calzadilla.)



Ginger Rogers
y Fred Astaire.
(Foto M. G. M.)



Georges y Jolma,
mundialmente co-
nocidos. (F. M. G. M.)

El cinema tiene algunas
primeras figuras, que son
genuina representación
de la danza elegante.
En esta plana ofrecemos
algunas de ellas.



ciones que hacía en el teatro y en el cine, pues se había convertido en actor profesional. Desciende de una familia de artistas, ya que sus padres son cómicos y se han dedicado siempre a la escena teatral, siendo sus dos hermanos músicos profesionales.

Desde que cumplió los cinco años ya tenía aspiraciones de ser actor y soñaba con la fama; sin embargo, fue cuando ya había cumplido los once cuando se le presentó ocasión de hacer su debut en la escena, personificando a un hombre de edad. Se hizo una prueba con Paul en un papel de viejo, y el resultado fue tan satisfactorio que siguió toda la temporada haciendo esa misma caracterización, que fue la primera entre las muchas que más tarde ha hecho personificando ancianos.

Su más grande anhelo es que le permitan hacer los papeles que más le agradan. Sobre todo, no quiere ser clasificado como «un tipo», que solamente sirve para una clase de papel, porque eso anula la versatilidad de cualquier actor, por hábil que sea. En varias ocasiones ha desdenado alguna caracterización, al parecer más importante que otra, para aceptar un papel menos destacado, pero más realista; pues la ficción no le interesa.

Entre los papeles que ha hecho en el teatro prefiere el que desempeñó en la obra titulada «El

PAUL MUNI

El actor que prefiere los papeles tomados de la vida real a los que presentan personajes fantásticos que solamente existieron en la imaginación de los autores

DESDE la cuna, fue Paul Muni un niño dinámico y temperamental que encontraba medios de adquirir lo que deseaba, aun cuando no sabía hablar. Cuenta su buena madre que se hallaban visitando la ciudad de Viena cuando nació Paul, el día 22 de septiembre de 1897, y que desde el momento en que supo lanzar un grito ya era insistente en sus demandas.

Debido a que sólo contaba pocos meses cuando sus padres vinieron a América y a que lo que primero aprendió a hablar fue el idioma inglés, Paul se considera americano ciento por ciento, y no permite que se diga que él es austriaco, ya que nació en Viena por accidente, cuando sus padres estuvieron temporalmente allí visitando a sus abuelos.

Hasta que cumplió los once años asistía con regularidad a la escuela pública. Después alternaba sus estudios con los apar-

abogado defensor», y entre sus caracterizaciones para el cine la que hizo en «Soy un fugitivo».

Fuera del teatro, lo que más le interesa es la música, habiendo estudiado el violín desde que era muy niño; por tanto, domina este instrumento y no queda la menor duda de que hubiera tenido tanto éxito como violinista como el que ha tenido en el teatro o en el cine. Al hacerle la indicación de que podría fácilmente alternar sus obras cinematográficas con una tournée de conciertos, dijo que jamás dejaría el cine ni el teatro por ningún otro arte y que no le interesaban los triunfos si habían de estar basados en que él abandonara el cine. Beethoven es su compositor favorito y entre los modernos le agrada Jerome Kern.

Está en desacuerdo con lo que dicen otros artistas de que trabajando en el cine tienen más descanso o viven una vida más

tranquila. Prefiere vivir en Nueva York, pero se está acostumbrando a la vida de Hollywood, aunque encuentra un tanto monótona la Meca del cine. Compra su ropa en Nueva York y asegura que su sastre sabe bien lo que él quiere y que no está dispuesto a pagarles el lujo a los sastres de Londres.

A Muni no le agrada que le aplaudan, pues dice que si no se inclina ante el público en señal de agradecimiento por el aplauso, cree que está cometiendo una descortesía, y si se detiene para dar las gracias, la obra que interpreta pierde mucho de su realismo y del efecto sentimental que haya producido entre los concurrentes. Cuando actúa en una película también prefiere que no se interrumpa la escena hasta haberla terminado, pues de otro modo pierde la inspiración, que siempre está basada en que él se posesiona de sus papeles sin distraerse jamás mientras está actuando.

Es un artista completo en lo relacionado con el maquillaje. Cuando se le asigna un papel se pasa horas enteras ante el espejo, tratando de modificar su rostro hasta parecerse al personaje que debe interpretar. No quiere nunca llevar peluca ni patilla ni bigote postizos; por tanto, se deja crecer la patilla y el bigote o se corta el pelo al rape cada vez que su papel lo demanda.

Le agrada vivir bien y dice que eso se puede hacer económicamente descartando los lujos y concentrando toda la economía en no adquirir nada innecesario.

Su deporte favorito es el boxeo y nunca hace dieta, pues siempre se mantiene en el peso que regularmente debe tener un hombre de su estatura.

Lee a Gorky y a Tolstói, pero también le agrada la literatura de Upton Sinclair, habiéndose aficionado recientemente a Shakespeare, dada la atmósfera de interés que se ha creado por el bardo inglés, después de la creación de «El sueño de una noche de verano».

Es un buen marido y le agrada hacer frecuentes excursiones a los sitios más bellos de California, llevando consigo a su esposa, que le comprende y es sumamente tolerante con él. Cuando van de temporada a Nueva Inglaterra, lleva su violín y adquiere música nueva, que toca en su apacible retiro.

Muni está en completo desacuerdo con el actual sistema de publicidad que se da a las estrellas de cine y con las clasificaciones que se hacen de los artistas. Personalmente no quiere que le anuncien como estrella, pues considera Muni que en sus respectivos papeles todos los artistas son de igual importancia.

Cuando firma un contrato se mantiene firme en su exigencia de que solamente hará dos películas cada año, pues esto le permite presentarse, por lo menos, en una obra teatral cada año, y como insiste en no abandonar el teatro definitivamente, quiere tener tiempo disponible para ambos: el teatro y el cine.

Muni está siempre muy interesado en la actualidad mundial y en cuanto ocurre en los Estados Unidos, habiendo sido esta constante observación lo que le ha permitido sugerir argumentos tan efectivos como los de «Soy un fugitivo» y «El infierno negro», ambos basados sobre acontecimientos sensacionales de la vida real.

Su apariencia física es positivamente fascinadora. La arrogancia de su porte, su es-

tatura considerable, que es de cinco pies diez pulgadas; su peso adecuado a su altura, ciento sesenta y cinco libras, y, sobre todo, esa sencilla naturalidad con que se presenta lo mismo en un salón vistiendo de etiqueta que en un campamento de trabajadores vistiendo la blusa del minero, es lo que le ha ganado totalmente el cariño de todas las clases sociales.

Está contratado por Warner Bros. y sus películas más conocidas son: «Caracortada», «Soy un fugitivo», «El mundo cambia», «¿Qué hay, Nelly?», «Barreras infranqueables», «El infierno negro», «El doctor Sócrates» y el drama intensísimo «La tragedia de Louis Pasteur», que es una trágica narración basada en la azarosa vida del eminente científico Pasteur.

Con todo y ser un favorito de las mujeres sentimentales de Hollywood, Muni es muy indiferente a las atenciones que le prestan y tiene su mundo exclusivo, en el cual su hogar, su esposa y las varias artes que cultiva abarcan todos sus intereses.

Fotos Warner Bros.

Paul Muni en «Barreras infranqueables».



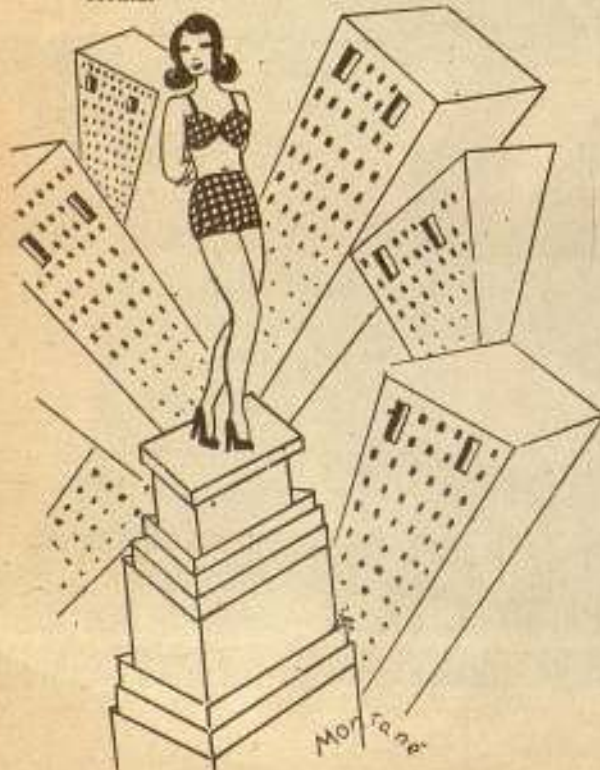
Paul Muni protagonizando a Louis Pasteur.

La belleza de las estrellas es algo convencional, elástico, [desconceriante], que no a todos convence. Porque cada estrella, cada mujer, por muy mujer que sea, siempre tiene dos aspectos distintos: el que admira el público en la pantalla... y el que a muy pocos les es dado admirar: el íntimo, el natural, el verdadero. ¡Y son tan diferentes uno y otro!... Tanto, que a la mayoría de las estrellas, cuando salen a la calle y no quieren ser reconocidas, les basta con ponerse unos simples anteojos oscuros. (Como el público sólo suele verlas a través de cristales de color de rosa, ¡nunca es fácil «adivinar» quién es la que por delante de nosotros pasa!)

Yo no quiero desilusionar a nadie. No quiero cometer un crimen de lesa gusto, ya que si al cine se le quita la ilusión ¡no habría cine! Pero es lo cierto que, en general, solamente las estrellas noveles son realmente bellas y seductoras; son... ¡jóvenes! Las consagradas, ¡todas con muchos más años de los que se las supone!, pierden mucho vistas de cerca, como las vamos los que, por nuestra profesión, trabajamos a diario junto a ellas. Si en el departamento de publicidad de cualquier estudio se pide la biografía de una estrella, sea la que sea, nunca se encontrará el año en que nació. Todas esas biografías comienzan poco más o menos lo mismo: «Fulanita de Tal nació en un 25 de octubre...», por ejemplo. Jamás se revela el año. Porque, si se supiera la fecha exacta, ¡qué decepción! Hay, pues, que ocultar la fecha del nacimiento y no dejar que se vea a la estrella sin anteojos y postizos.

Esto de los postizos es también de suma importancia; sobre todo en esta época en que predomina cierto culto a ciertas curvas. Procuraré explicarme, sin incurrir en la ira de la censura o de nuestro querido director. Hablaré de lo que está a la vista de todos y no se recata ni siquiera a la de los más o menos inocentes menores de edad. En toda tienda de modas del Hollywood Boulevard, como supongo ocurrirá en Nueva York y en toda otra ciudad donde abundan excesivamente las mujeres delgadas, se exhiben y venden los más sugestivos modelos, imitando carne, de lo que debe rellenar todo busto femenino. Y es el caso que, desde que tan sugerentes admínculos se pusieron a la venta, ¡se acabaron las planicies! Lo difícil ahora es distinguir «a simple vista» lo auténtico de lo falso.

Viene esto a cuento porque, precisamente en estos días, se ha vuelto a poner en discusión el escabroso tema de cuál es la estrella mejor formada. En la pantalla casi todas podrían aspirar al título. En la calle, y a cierta distancia, son muchas también las «elegibles». Pero, si hemos de ser justos, muy pocas son, en realidad, las que pueden alardear de una perfecta forma.



La Venus ideal, según los más exigentes críticos, lo es hoy nuestra adorable Dolores del Río. Pero hay quien se atreva, incrédulo, y esto es lo que impulsa al cronista a dar su propia y fidedigna opinión. El caso era difícil de juzgar, pero el compañero «Don Q», experto en toda clase de intimidades, se comprometió a ayudarnos y con él fuimos en exploración de la verdad. Pero a la verdad se la pintó siempre desnuda, y esta circunstancia acentuaba las dificultades. ¡Ni siquiera estábamos en verano, que es cuando las gentes limpias se bañan en público! Afortunadamente, para «Don Q» no hay puerta que no se abra y todo dependía sólo de encontrar la oportunidad apetecida.

«Don Q», después de ligeras investigaciones, se acercó a nosotros radiante:

—¡Ya sé dónde podemos ver a Dolores del Río bañándose!

—¿En la piscina de su casa?

—No. Porque al marido no le haría mucha gracia nuestra presencia...

—¿En algún club?

—En el estudio de la Columbia, donde está filmando una emocionante película que no tiene aún título en español. Es la historia de una alegre mujer puesta en el dilema de elegir el amor de uno de los dos hombres que más la han querido, y a los que ella corresponde a su modo. Gran parte de la película se desarrolla en el fondo del mar, en un submarino, y hay varias escenas en una playa...

—Serán escenas de buzos, probablemente.

—¡Escenas de baño! Porque los marinos son gente que se baña, y cuando lo hacen en tierra (quiero decir, en alguna playa) no suelen hacerlo solos. Concretamente: Dolores del Río se baña en esa misma playa.

—¿Y dónde está esa playa?

—Ya te lo dije: en el estudio...

Y para el estudio nos fuimos con «Don Q», ya que sin él no hubiéramos podido acercarnos a Dolores del Río, que, como todas las grandes estrellas, no se deja ver de gente extraña cuando filma.

Nos metimos en un enorme «stage», donde no faltaba el consabido aviso de SE PROHIBE LA ENTRADA A LOS VISITANTES, y en uno de los «sets» nos detuvimos. Era aquella «la playa». Y, efectivamente, la arena y unas rocas producían la impresión. Pero, ¿y el mar? Allí no había agua. Pero había un immaculado telón plateado, donde, en el momento oportuno, se reflejó cinematográficamente el mar. Las olas besaban la arena. ¡La ilusión era perfecta! Sólo faltaban los bañistas. Por lo menos, la escultural Dolores.

No tardó en aparecer Dolores. Iba envuelta en una bata negra con adornos blancos, y calzaba sandalias blancas. Se quitó, al fin, la bata... ¡Y, deslumbrados, la pudimos admirar en un traje de baño cálido! Nos pareció Afrodita.

Hizo una escena con Chester Morris (el otro rival lo era Richard Dix) y la vimos jugando en la arena, revolcándose como una chiquilla, sin preocuparse por la escasez de la tela de su traje, que no tenía espalda, y cuyo frente apenas si lo sostenían dos tenues cintas, mal apretadas.

Nos encantó la escena y «Don Q», ferviente admirador de Dolores, nos dijo entonces en voz baja:

—Dolores no tuvo que ir para nada al Hollywood Boulevard...

Sin esperar siquiera a que se secara, pues no se había mojado, nos apresuramos a saludar a Dolores, en cuanto ella pudo descansar un momento. Y, ¡naturalmente!, no le hablamos de nuestra discusión ni, por delicadeza, aunque ésta parezca impropia de periodistas, aludimos a su belleza estatuaría.

Dolores, como si nos leyera el pensamiento, nos dijo sencillamente:

—¡Ya estaba yo cansada de que los productores se empeñasen en presentarme siempre con lujosos vestidos, como si yo sólo tuviera condiciones para modelo de modas! A mí me gusta vestir bien, y hasta que las amigas me envidian un poco. Pero eso nada tiene que ver con el arte. A mí me gustaría hacer papeles de actriz dramática, con ropa o sin ropa, pero de fuerza, con pasión, con humanidad, ¡con vida!



Dolores del Río es algo más que una bellísima escultura de carne.

Las simples muñecas de cartón y trapos me molestan. Quiero mujeres con alma y vida, emoción, ¡verdad!

Y he aquí lo más interesante de Dolores del Río: que, además de una belleza, es una gran artista. Se hizo así paso a paso, estudiando mucho, poniendo todo su amor en su arte, y no quedando nunca comple-



Dolores del Río, además de una belleza, es una gran artista.

bellísima escultura de carne. Con su propio talento ha sabido esculpirse el alma. ¡Alma latina!

Miguel de ZARRAGA

Hollywood, 1937.

tamente satisfecha de ella misma. Anhela superarse, triunfar por derecho propio, sin que para eso le hagan falta trajes o joyas.

Ha entrado ahora en una nueva etapa de su arte. Su última «journée» por Europa, su rotunda victoria artística en Londres, abren nuevos horizontes a su vida de estrella...

Dolores del Río es algo más que una

Las esculturas de carne

DICCIONARIO CINEMATOGRAFICO

ACTOR. — Un señor que explota el físico. A veces, el actor, es un caballo. A veces, el caballo, es el actor.

BUTACA. — Una silla disfrazada de sillón, bastante incómoda para dormir, cuando "se pasan" ciertas películas que "no pasan".

CINE. — El Arte que se mueve.

DIRECTOR. — Un caballero con pantalones de "golf", suéter y gorra con la visera puesta encima del cogote.

ESTRELLA. — Toda hija de todo legítimo matrimonio.

FILM. — Un producto que siempre se anuncia superior, lo que no impide que contadas veces lo sea.

GALAN. — El gentil caballero que te adora sin verte, y que viene de lejos, sin saber que va a verte, a encenderse los labios con sus besos de amor. (¡Hola, Rubén!)

HISTORIAS. — Todo lo que se cuenta acerca de la vida, misterios, aventuras y milagros de los estrellas.

(Continuara)



Un documento histórico. No se trata de las firmas del acta del Tratado de Versalles. Es, simplemente, nada más —y nada menos— la licencia de la bicicleta de Shirley Temple. Mediante esta, el Municipio de Hollywood autoriza a la niña preciosa a atropellar a todos los pobres peatones que se le pongan delante. (Foto Fox).

CADA BESO DE MARLENE CUESTA UN OJO DE LA CARA

Los productores no tienen entrañas. Su cerebro es un almacén de números, gráficos y estadísticas. En lugar de corazón, tienen una bonita máquina de calcular, de fantasía.

—Cada beso de Marlene, me cuesta un ojo de la cara— ha dicho cierto productor.

Apresuremosnos a advertir que esta lamentación ha de tomarse en el

más estricto sentido comercial. El productor, es un honorable productor sin el más remoto devaneo amoroso. Los besos a que se refiere no los han recibido sus labios de productor. Tal vez, en su lamentación, hay el amargo resquemor infinito de que él haga de pagarlos sin comerlos ni beberlos.

Vea cualquier film de Marlene. En una escena determinada hay un beso. La cosa resulta muy bonita. Hemos de confesar, sin malicia, considerándolo desde su punto de vista artístico, que Marlene es una gran actriz. (¿Verdad, amigo von Sternberg?)

El más profano debe comprender que esa escena no puede ser obra de un segundo. En efecto: se ha estado ensayando cinco o seis horas, y como en Hollywood el tiempo es el oro de más quilates del Universo, resulta que el beso de Marlene le cuesta al pobre productor cinco o seis mil dólares. O sea, un ojo de la cara.

FUERA DE PROGRAMA



POR FIN ALGO NUEVO BAJO EL SOL

Cierta casa norteamericana anuncia, para la temporada que viene, seis originales películas. Se trata de unos films que se denominarán «de episodios». En los cines donde se proyecten, se pasarán dos «episodios» cada semana. Cada «episodio» tendrá un final muy emocionante. Los espectadores se quedarán con el alma en un hilo, que facilitará la empresa, todo el resto de la semana. No podrán trabajar, ni comer, ni dormir, ni vivir, hasta saber cómo diablos se arreglará la chica para escurrirse de las garras del león, etcétera.



Aquí tienen ustedes al notable actor cómico de la Columbia, Lionel Stander, autor del famoso libro «Cien nuevas aplicaciones del Chizel», en plena demostración.



Nota de sociedad. (Foto Paramount.)

PSICOLOGIA JURIDICA

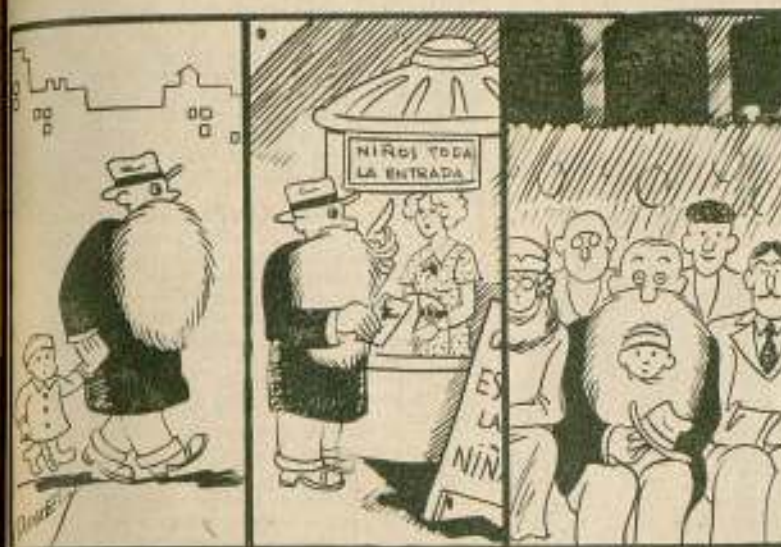
En Hollywood hay un juez muy popular entre la gente de cine. Este juez se las da de vivo.

En Hollywood hay, también, un actor que roba muchos corazones. Está casado de poco.

El actor se presenta al juez con la cabeza vendada.

—No me diga usted nada —exclama el juez con viveza—. Viene a presentar una denuncia por lesiones contra un marido irascible. Este le ha sorprendido «in fraganti» y le agredió.

—¡Un momento, señor juez! Yo, en efecto, estaba haciendo el amor a una dama. Pero no vino su marido. Llegó mi mujer, y ya ve usted cómo me ha puesto!



Historieta cinematográfica no sonora. (De «Ecuemondio».)

Cinco cunitas. (Foto M.G.M.)



UNO DE CHARLOT

Charlot (de paisano. Sin bigote. Sin jorullo. Sin bombín. ¡Con zapatos a la medida! Un Charlot burgués, que sale a tomar el sol, descendiendo calle abajo). — Tras, tras, tras, tras...

El Chico (un chaval de «La Pandilla». Una víctima infantil de la enfermedad que azota Hollywood: las colecciones de autógrafos). — Buenos días, señor Chaplin.

Mary Carlisle una belleza rubia de la Metro, ha ideado un sistema muy práctico para guardar la lana con que confecciona sus jerseys. Ella no hace ovillos. Eso es anticuado e impropio de una mujer original. (Foto Metro.)



FilmoTeca

Charlot. — ¡Hola, amigo. El Chico. — Me han dicho que usted no escribe autógrafos. ¿Eso es verdad? Charlot. — Si, es cierto; no escribo autógrafos. El Chico (mirándole con piedad). — ¡Qué lástima! ¡Tan viejo y aún no sabe escribir!



Si quiere hacer más llevadera la prosa de la vida a sus vecinos, coja un tanto (Sid Silver, por ejemplo). Se le pone una tarta por encima (una Marlene, varigracia). Se acomodan ambos en un sofá con un papel de salu delante, y el resto, no falla: se ponen a cantar como dos tontos. (Foto M.-G.-M.)

FOTOGRAMAS

Para la presentación de una nueva película de Boris Karloff, se ha introducido la novedad de que el público, juntamente con la entrada, recibe un frasquito de éter.

Los aficionados al cine español estamos de enhorabuena. Van a filmarse La alegría de la huerta y La gaita blanca.

Buster Keaton trabaja como un loco.

Charlot trabaja incansablemente preparando una producción metafísica que veremos la temporada 1937-38.

En la fachada de un cine de Barcelona se anuncia que en el local hay instalado aparato de refrigeración.

El invierno es benigno, ¡pero no tanto, camaradas!

Se rueda mucho film español.

Ya empieza a rodarnos la cabeza.

MARIA ESTUARDO

Inspirado en la película de Radio Films

SYNOPSIS DE LA NOVELIZACION
ORIGINAL DE MARY M. SPAULDING

Como dos funestos cometas, María Estuardo e Isabel Tudor surgieron los sombríos cielos del siglo XVI. Dos mujeres destinadas a regir dos jóvenes naciones. María Estuardo deslumbraba a los hombres con su belleza. Isabel Tudor los intrigaba con la astucia de su política. Ambas eran jóvenes, primas, vecinas y reinas... Y sin embargo, estaban condenadas por las circunstancias a ser enemigas mortales. Su duelo a muerte por la supremacía fue el más dramático episodio de aquella época, plástica de drama. — Es la historia de aquella lucha presidida por el Destino lo que nos proponemos relatar. Una historia de pasión y sordida política, que a través de trescientos años tiene el poder de encender el espíritu de los hombres y conmover el corazón de las mujeres. ¡La historia de María Estuardo, reina de Escocia, y de Isabel Tudor, reina de Inglaterra!

EL CONSEJO REAL DE LA REINA ISABEL. — La presencia de Isabel, reina de Inglaterra, era esperada con ansiedad en la antecámara del Palacio de Hampton, cerca de Londres, aquel día del año 1561.

Al sonido de los clarines y trompetas que anunciaban su proximidad, las macizas puertas del palacio se abrieron de par en par. Los palaciegos cayeron de rodillas y la suprema soberana, reina de Inglaterra, penetró resueltamente en la amplia cámara.

Rápidamente dio una mirada a su alrededor, y al descubrir a dos de sus más íntimos cortesanos que permanecían con la rodilla en tierra, exclamó violenta:

— ¡Burleigh, Roberto, levantaos y seguidme!... ¿Es que estáis adheridos al suelo, millores?

EN LA CAMARA DEL CONSEJO. — Burleigh y el ardiente y joven Roberto Dudley, conde de Leicester, siguieron en silencio a su soberana, entrando con ella en la regia cámara privada del Consejo.

Throckmorton, el más hábil y calculador de sus ministros, se había colocado a la derecha de la reina. Las puertas volvieron a cerrarse, mientras en las antecámaras los cortesanos ardían en curiosidad.

Una vez solos, el ministro Throckmorton tomó la palabra:

— Majestad, vuestra prima María Estuardo ha salido de Francia, con rumbo hacia Escocia. Su presencia en ese lugar pondrá en peligro el trono de Su Majestad.

Burleigh lo interrumpió ansioso:

— ¡No debemos permitir su desembarco!... El trono de Escocia lo servirá de escalera hasta vuestro trono, graciosa señora!

— ¡Pero cómo vamos a detenerla o impedirle el desembarco? — preguntó Throckmorton. — Si los barcos ingleses la asaltan en plena mar, nos enemistaremos con el resto de Europa.

Isabel se dirige a su favorito.

— ¿Es que no hay uno solo de mis capitanes que sea capaz de alzar la bandera negra en una ocasión como ésta?

El joven conde sonrió ligeramente. Entregó al sorprendido Burleigh el pequeño perillito faldero que se arrojaba con dignidad, e inclinándose profundamente salió de la regia Cámara del Consejo. Un instante después se escuchaban sus energías órdenes:

— ¡Hawkins!... ¡Drake!... ¡Venid conmigo!

Una sonrisa de triunfo y satisfacción entreabrió los labios de la reina.

LA LLEGADA DE MARIA ESTUARDO. A pesar de su empeño, el conde Robert Dudley de Leicester no pudo detener a María Estuardo, y pocos días más tarde los guardacostas de Escocia veían llegar una galera con altos mástiles e hinchadas velas que, desafiando la oscuridad de la noche, se dirigía hacia el puerto.

Inmediatamente salieron a llevar la noticia a Edimburgo:

— ¡La reina!... ¡Llega la reina!...

Una vez en tierra, María Estuardo cayó



FilmoTeca
de Catalunya

de rodillas. Sus hermosos ojos se elevaron al nublado y sombrío cielo y sus labios murmuraron una súplica.

Trece años antes, María Estuardo había sido conducida a Francia. A la edad de diecinueve años era la viuda del joven monarca de aquel suntuoso, elegante y civilizado reino. María se había educado en una atmósfera de viejas tradiciones caballerescas, lidas, lances y canerías; todo mezclado con las nuevas ideas humanitarias, los sonetos y los madrigales, la galantería, y el laud...

El Destino, empero, la traía de nuevo al oscuro y loco reino donde había nacido.

Mientras la joven reina pedía auxilio, los nobles de Escocia se reunían en el salón del Consejo, en el viejo castillo de Holyrood. Como de costumbre, discutían acaloradamente.

Sentado a la cabeza de la mesa, Moray, hermanastro de María Estuardo y Regente en el trono de Escocia, trataba en vano de restablecer el orden.

A su lado estaban Ruthben, Morton, Huntley, Lethington, Lindsay y el resto de aquel fiero grupo de nobles que gobernaban como príncipes en sus selváticas montañas. La discusión se hacía cada vez más violenta y amenazaba con terminar a punta de espada y en ríos de sangre, cuando la súbita llegada de un mensajero los interrumpió. El recién llegado se dirigió casi sin alientos al conde Moray:

— Señor, la hermana de Su Alteza, María Estuardo, reina de Escocia, acaba de desembarcar y se dirige hacia Edimburgo. Dentro de un momento estará aquí.

Un silencio agresivo siguió a la noticia, interrumpido de pronto por una sarcástica carcajada de Ruthben, que anunció, dirigiéndose a Moray:

— ¡Vuestra Regencia ha terminado, Moray! ¡Tendréis que bajaros ya del trono de Escocia!...

LA BIENVENIDA DEL PUEBLO. — El castillo de Holyrood, construido para las necesidades de la guerra y desprovisto de arte, parecía frío y sombrío a María Estuardo, mientras, sentada en su cámara privada, pensaba en su amada Francia.

Los lores continuaban su altercada discusión en las otras dependencias del castillo. Muchas eran las sorpresas que esperaban a la joven reina en aquel país del cual había vivido alejada durante trece años.

La gente de Edimburgo, conocedora del regreso de su reina, salió de sus hogares encaminándose al castillo. Traían antorchas y leña y prendieron enormes fogatas, tocando sus raros instrumentos de música y entusiásticos cánticos de bienvenida.

Cuando María Estuardo apareció en la ventana, el alborozo del pueblo se tradujo en gritos de entusiasmo, cantos y bailes.

En aquel momento una grave y austera figura que parecía surgida del Viejo Testamento, se hizo paso entre la muchedumbre que vitoreaba a la reina de Escocia. Se acercó lentamente y subió algunos peldaños de la escalinata. Era John Knox, cuyos estáticos y virulentos sermones habían logrado fascinar a la mitad de Escocia. Gradualmente fue haciéndose el silencio y por fin Knox comenzó a hablar:

— Decidme: ¿regresó María Estuardo a vosotros cuando se sentaba en el orgulloso trono de Francia?... ¡No!... ¡Vivía envuelta en el lujo y los pecados de la carne!... Pero ahora, cuando el Destino la arroja de aquel trono de pecado, recuerda otra joya de su corona: la joya con la cual nació: ¡Escocia!... Ha llegado el momento de elegir entre la Iglesia de Escocia y esa vieiosa de Francia...

La estridencia de su voz se perdió entre el voluminoso sonido de las gaitas. Marchando gallardamente, se acercaba una columna de hombres vestidos con el traje típico del país. María Estuardo se inclinó para ver mejor, fascinada por la arrogancia y magnificencia del hombre que marchaba a la cabeza de aquel nuevo ejército. El linete dirigió sus altivas miradas hacia la ventana donde estaba la reina y desmontándose ágilmente se acercó, sonriendo irónicamente, al lugar donde estaba John Knox. El predicador, furioso por aquella interrupción, gritó colérico:

— ¡No podréis acallar mi palabra, lord Bothwell!...

MARIA ESTUARDO ENCUENTRA UN AMIGO. — El conde de Bothwell, siempre sonriendo, se llevó un sibat a los labios y los gaiteros comenzaron a tocar con más fuerza, de modo que las palabras del predicador volvieron a quedar ahogadas por el ruido de las gaitas. Sus gritos violentos le daban el aspecto de un loco. Indignado, levantaba los brazos y ya el pueblo comenzaba a reír.

Compadecida del fracaso de aquel hombre viejo y fanático, María Estuardo bajó rápidamente la escalera, acercándose a su ene-

Por fin, el joven embajador se presentó, anunciando en la desordenada y polvorienta apariencia de su traje, que acababa de hacer un largo viaje. Una vez en presencia de su soberana, el joven puso una rodilla en tierra.

Y bien, Roberto, ¿le entregaste mi anillo a mi querida prima?

—Sí, Majestad. Entregué vuestro presente a tan graciosa soberana.

Graciosa, ¿eh?... ¡Oh! Ya comprendo vuestra tardanza. Hace tiempo que no escuché sino alabanzas sobre María Estuardo. Decidme, Roberto, ¿es tan hechicera como dicen?

—Podéis juzgar vos misma, Majestad. La reina de Escocia os envía esta pequeña miniatura como recuerdo de su cariño.

Isabel tomó entre sus aristocráticas manos el rico relicario y miró largamente aquel retrato. Después tomó un espejo que estaba a su alcance y contempló su propio rostro. Sus labios, pálidos y delgados, sonrieron cruelmente.

—¡Ah! No es más que una chiquilla. No tiene aspecto de reina.

Y volviéndose de nuevo a su favorito, preguntó:

—Decidme de veras: ¿cómo es la reina de Escocia?

—Es una mujer encantadora, Majestad. Le sobran los pretendientes, entre ellos lord Darnley.

—¡Ah!... Lord Darnley, ¿eh?... ¡Ese borrachín empedernido! Pero es el más próximo a mi trono después de María. Y mi peligro será mayor si se casa con él.

—Creo que el conde Bothwell evitará ese peligro, Majestad. Manda sus tropas con la furia del huracán y todo el mundo se da cuenta de que está locamente enamorado de la reina. Majestad, la reina de Escocia, es una criatura adorable, hecha para el amor. Se gana a los hombres con su dulzura y gentiles modales.

—¡Ah!... ¿De veras?... exclamó Isabel, cólerica. Si, ya veo que ha conquistado también a nuestro embajador. Jamás volveréis a Escocia, Roberto.

MARIA ESTUARDO, REINA DE ESCOCIA. —Burligh y Throckmorton sonrieron, pero cuando las furiosas miradas de la reina cayeron sobre ellos, sus rostros adoptaron una expresión de gravedad. Sabían por experiencia cuán peligrosa era la ira de Isabel.

—Decid, millores: ¿quién regía en Escocia antes de su llegada?... ¿Quién quiere regir de nuevo?...

—¡El conde Moray! —exclamaron los otros a coro.

—Exactamente. Pues bien, esta noche salid para el norte, Throckmorton y trataréis de ponerlos al habla con Moray.

EL MENSAJE DE ISABEL. —Pocos días después, María Estuardo recibió la visita de Throckmorton, nuevo embajador de Isabel en la corte de Escocia.

María Estuardo mordaba. La joven reina llevaba siempre sus labores de aguja a las sesiones de la corte, y muchos de los más astutos lores habían salido defraudados ante aquella figura sobria, con la cabeza baja inclinada sobre la labor, que no se dejaba intimidar o sorprender por ellos.

La reina comenzaba a cansarse de aquella entrevista con el suave embajador inglés. Los circunloquios de Throckmorton acabaron por exasperarla. Por fin exclamó:

—Milord, hace una hora que habláis en círculos y parabolas. Sin embargo, aun no me habéis dicho lo que desea vuestra soberana, mi augusta prima Isabel.

El inglés se recostó en la silla:

—¿Acaso no hablo con bastante facundia, Majestad?...

—¡Demasiada, milord!... Pero ocultáis vuestros verdaderos propósitos.

—Efectivamente, Majestad. Vuestra graciosa prima ha mencionado cierto nombre...

—¿Y cuál es ese nombre, lord Throckmorton?

—El conde de Leicester, señora.

LA COLERA DE UNA REINA. —María Estuardo se puso de pie.

—¿Y ha tenido la temeridad de pensarlo?... ¡Su propio favorito, su despojo!... ¡Después de haberlo exhibido por toda Inglaterra, quiere pasármelo a mí, como un deshecho inútil para convertirme en el hazmerreir de todo el mundo! ¿Es eso lo que pretende vuestra soberana? Me habéis enseñado, sin querer, el camino que debo seguir en este asunto. Volved a Isabel y decidle lo que acabo de decir. Podéis retiraros, milord. Nuestra entrevista no tiene otro objeto.

E inmediatamente María Estuardo llamó a su secretario, que se acercó diligente:

—Rizzio, el señor embajador se marcha... y otra cosa, Rizzio...

—¿Sí, Majestad?...

—Dile a lord Darnley, si está en palacio, que venga a verme.

El rostro del fiel secretario resplandeció.



migo. Cuando estuvo a su lado, le indicó que la siguiera.

Sorprendido y sin saber qué partido tomar, John Knox obedeció. Una vez dentro del palacio, y fuera del estrépito de las gaitas, la reina se acercó sonriendo:

—Miradme bien, maestro Knox. ¿Creéis de veras que soy tan mala como decís?

Endurecido en aquella época de controversia, el viejo respondió gravemente:

—Tú has traído nuevamente la vieja fe que hemos abandonado! ¡Y eres la inspiración de Satanás!...

María Estuardo le contempló un instante sorprendida. Una voz clara y burlesca dijo a su lado:

—¡Condensado imprudente!... ¡El maldito viejo debía ser ahorcado!

La reina se volvió rápidamente, enfrentándose con el apuesto conde Bothwell, que permanecía recostado indolentemente a una columna. Sonriendo, dirigió la palabra a la reina:

—Tendréis que usar una arma más fuerte que vuestro amor y vuestra piedad para gobernar a esta gente, Majestad.

—¿De modo —pensó María Estuardo contemplando a aquel hombre— que éste es el famoso Bothwell, cuya palabra es ley en este país? En sus miradas no había recelo ni temor, pero la sonrisa irónica de sus labios era atrevida e insolente... María Estuardo le miró con gravedad.

—No os he pedido consejo, milord!...

—¡Ah!... Tenéis mucho genio, pero no os engañéis, Majestad. Haced valer vuestra corona y temer vuestro cetro.

—Sois demasiado franco, lord Bothwell.

—Es el privilegio que siempre he mantenido, Majestad!

—Lord Bothwell —dijo la reina—, he encontrado muchos enemigos aquí... ¿Acaso tengo ahora un amigo?...

—Podéis solamente saber cuáles son vuestros amigos poniéndolos a prueba, Señora.

—¿Dónde están esos señores para probaros?

—Están formando el nuevo Consejo de mi Cámara.

El intrépido y arrogante mancebo se inclinó profundamente y abandonó la estancia.

Efectivamente, los nobles de Escocia hablaban y discutían acaloradamente. Bothwell se acercó en silencio y echó una mirada al escudo que colgaba en la pared. Sacó su espada y dió un fuerte golpe, haciendo que aquellos señores se volvieran sorprendidos.

—Y bien, millores, ¿habéis dividido ya vuestro botín?...

Tratando de dar a sus palabras la correspondiente dignidad, Moray se irguió, exclamando:

—¡Estamos formando el Consejo de Su Majestad!

—Y vos, Moray, os habéis colocado a la cabeza, ¿verdad?... Inquirió sarcásticamente su interlocutor.

—Naturalmente, milord!

Bothwell se dirigió a los otros:

—¿Y cuál de vosotros ha de ser el teniente general de las fuerzas de Su Majestad?...

—Inmediatamente todos quisieron hablar a la vez. «Yo... Seré yo...» «No; me toca a mí...» «No. Ha de ser mi privilegio...»

La voz del conde Bothwell los interrumpió:

—Estáis equivocados, señores. ¡He decidido hacerme cargo de las fuerzas de Su Majestad, la reina de Escocia!...

Y ante la sorpresa y el desmayo de aquellos rostros, lividos de cólera, el joven se recostó contra la pared y lanzó una franca carcajada. Pero en sus ojos leales había una mirada tierna, que aquellos hombres, preocupados por sus ambiciones personales, no pudieron sorprender.

LA RIVALIDAD DE DOS REINAS. —

Tres años transcurrieron. La reina Isabel de Inglaterra esperaba en su magnífico palacio, situado en las márgenes del Támesis, el regreso de Roberto Dudley, su joven favorito y embajador en la corte de la reina de Escocia.

La reina Isabel se sentía indisputada y el vivo color de sus prominentes pómulos demostraba su estado febril. Adornada con raras joyas parecía más regia y magnífica que de costumbre. Los hombres, empero, decían «otto voce» que aquella reina jamás se casaría...

A pesar de que ella y su prima María Estuardo sostenían la más efusiva correspondencia, enviándose regalos espléndidos, etc., en realidad, entre ambas mujeres existía una enemistad profunda, a causa de sus respectivas situaciones en aquellos dos tronos tan cercanos.

Isabel se rebelaba ante el pensamiento de que María Estuardo pudiera casarse antes que ella. Se exasperaba ante el favor de que gozaba su prima en Escocia. Impaciente, esperaba la llegada de Roberto, mientras que cerca de su labrado trono el ministro Throckmorton y Burligh hablaban en voz baja.

triumfante, e inclinándose profundamente abrió la puerta al embajador Thoskerton.

Una vez sola, María Estuardo se acercó a la ventana. Era preciso tomar rápidamente una resolución.

Su emoción, empero, duró poco. Acababa de escuchar una violenta conmoción en la puerta, y el conde Bothwell se precipitó colérico en la cámara.

— ¡He esperado durante horas para veros! — gritó, indignado, el arrogante capitán de la guardia.

— ¿Sois un hombre o una tormenta, Bothwell? —

— Cuando la mujer que amo no quiere verme, entonces soy una tormenta, señora! —

El rostro de la reina enrojeció violentamente.

— ¿La mujer que amáis?... ¿Es así como os expresáis de mí cuando estáis fuera, milord? —

Bothwell se acercó decidido:

— ¿Queréis que me incline y me arroje y haga lindos discursos, señora?... ¡Yo soy un soldado y os amo! —

RECORDAD: ¡ANTE TODO SOIS MUJER! — Sin detenerse ante su propia osadía, el joven estrechó entre sus brazos el cuerpo de la reina, que luchó desesperadamente por desprenderse de aquellos brazos fuertes. Pero Bothwell reía, y aquel brazo que manejaba tan hábilmente la espada y las riendas del más brioso corcel a través de una tormenta, la estrechaba con más y más fuerza. Echó hacia atrás la cabeza de la soberana y la miró fría y retadora-mente a los ojos.

— ¿Os olvidáis — exclamó María Estuardo, usando las últimas armas de su dignidad real — que soy vuestra reina! —

— ¡No lo he olvidado nunca!... Pero recordad también, María, que también sois mujer. ¡Y es como mujer que os amo! —

María Estuardo había logrado desprenderse de sus brazos.

— ¡Os ordeno que salgáis inmediatamente de aquí! — exclamó friamente.

— ¡Soy la reina! ¡Marchaos; os lo ordeno! —

— ¿Es que vais a casaros con alguien, señora?... — preguntó altivamente el joven conde.

María Estuardo bajó la cabeza:

— Sí, voy a casarme con lord Darnley.

Ante aquella revelación, Bothwell palideció levemente.

— Haré lo que me plazca, Bothwell. No olvidéis que este es mi reino, no el vuestro... —

— ¿Cuánto tiempo será vuestro, señora? —

preguntó amargamente el interpelado.

— ¡Insinuáis, acaso, que no podré gobernar a mi pueblo sin vos? —

— ¡Probadlo, Majestad!... Me retiro y no volveréis a verme jamás. ¡Adiós, señora! —

Lord Bothwell, os prohibo que salgáis.

— ¡Os prohibo que marchéis! —

Pero Bothwell, obstinado, continuaba alejándose. Al abrir la puerta se presentó Darnley. Las miradas de los dos hombres se cruzaron como lanzas.

— ¡Entrad, milord, entrad! — exclamó sarcásticamente Bothwell. — Entrad pronto, que la reina os espera.

Y después desapareció.

— **OS PROMETO PROTEGEROS SIEMPRE.** — Darnley se arrojó a los pies de la reina. Su rostro barbilampifio y sin expresión era la máscara de la estupidez. Dominando su emoción, María Estuardo exclamó:

— Lord Darnley, me habéis pedido la mano en matrimonio. He decidido otorgárosela.

Sorprendido ante su buena fortuna, el joven lord escondió su rostro en las faldas de la reina y con voz entrecortada por la emoción comenzó a expresar sus ardientes sentimientos:

— ¡Os amo y trataré de merecer este honor, señora!... ¡Juro que os defenderé y protegeré siempre! —

— Tendremos que enfrentarnos con tiempos borrascosos, milord — exclamó friamente la reina.

Darnley se puso de pie. Acercó su rostro al de la joven y selló con sus labios su compromiso real. María se dejó besar, pálida y fría como una estatua.

Y María Estuardo, la reina de Escocia, se unió con lord Darnley, llevando la vida gris y monótona de la soberana que se casa por conveniencias de la nación, sin amar ni ser amada, escuchando en su cámara la dulce voz del fiel Rizzio, trovador de madrigales, y con el recuerdo de Bothwell que, despedido, había huido voluntariamente a París.

LOS LORES SE DESPOJAN DE SU CARETA. — El mismo favor que otorgaba la reina a su fiel secretario italiano, aumentó el despecho de los lores de Escocia.

Un día, mientras el Consejo se reunía en una de sus sesiones, el propio Moray atacó resueltamente el asunto:

— Querida hermana, el Consejo se resiente de vuestra aparente desconfianza.

María Estuardo abarcó con una mirada al grupo. Sus labios sonrieron irónicamente:

— ¿Aparente decís?... Sed franco.

Moray continuó:

— Nuestro sagrado deber es darle forma a vuestra política, y el vuestro es aceptarla. En vez de eso, buscáis siempre el consejo de Rizzio... un italiano...

Un murmullo de aprobación acogió sus palabras. Y envalentonado Moray iba a tomar de nuevo la palabra, pero su hermana lo interrumpió:

— ¿De manera que queréis que me deshaga de Rizzio?

— ¡Exactamente! — contestó bruscamente Ruthben. — Que regrese al lugar de donde viene.

— Pues bien, señores, ¡no haré lo que pedís! —

Algunos de los lores se habían puesto de pie y gritaban furiosos. En aquel momento la puerta se abrió y Darnley hizo su aparición. Sus pasos eran inciertos y la idiotez de su rostro acusaba el estado de embriaguez en que se hallaba el príncipe consorte.

— ¡Ah, millores!... Sentaos... Sentaos... Es sólo vuestro rey el que llega...

Siempre os he de encontrar hablando y discutiendo. ¡Bah!... No se puede creer en las mujeres. Una vez que se casan, todas son iguales. ¡Hasta las reinas! —

María Estuardo se levantó y sin dirigir una mirada ni a derecha ni a izquierda, abandonó la Cámara de los Lores. Cuando la reina hubo desaparecido, Ruthben sacó un papel de su bolsillo, y con gesto brusco lo pasó al hombre sentado a su lado, quien lo pasó a su vez al otro, hasta que el misterioso papel hubo pasado de mano en mano. Al llegar a las de Moray, Ruthben preguntó secamente:

— ¿Y bien, Moray?...

El interpelado asintió con la cabeza, murmurando después:

— ¡Esta noche!...

A dicha hora Morton y Ruthben se encontraban en el pequeño recibidor del príncipe consorte.

En ese momento tocaron suavemente a la puerta y Ruthben y Morton se escondieron en las sombras, mientras Rizzio entraba silenciosamente. El secretario de la reina puso unos papeles sobre la mesa de Darnley y después de inclinarse gravemente preguntó:

— ¿Quiere Su Majestad firmar estos documentos ahora?...

— ¿Dónde está mi esposa?... — preguntó a su vez Darnley.

En la cámara, señor. Su Majestad la reina está con sus damas.

— ¡Ah! Pero tú tienes acceso a esa cámara, ¿verdad, Rizzio? —

Pacientemente, sin dignarse contestar aquella pregunta, el fiel secretario acercó un poco más los papeles.

— ¿Quiere Su Majestad firmar ahora?...

(Continúa en el próximo número.)



La cámara fotográfica capta también, como la de cine, imágenes bellísimas desde las más diversas posiciones. Contemplad las magníficas fotos que ilustran esta página, magníficas no sólo en cuanto a la forma, sino también al contenido.

(Fotos M.G.M.)



ANGULLOS



MARÍA MERCADER

la revelación española
de «Molinos de viento»

